

El misterio de las constelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de expectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemelic-el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koreich, discípulo del sabio Ali-ben-Jusuf-el-Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómica sirvieron de pauta a las del célebre rey de los cristianos Alonso-ben Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de tenaces vigiliás, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte, donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpientes.

La vieja lámpara de bronce, trabajada a cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbraban la gran Aljama de Córdoba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada a veces por el revuelo de algún murciélago, sobre el amplio taburete de cedro incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

El trémulo resplandor de la luna envuelve el resto del atrevido Observatorio que el genio de Azhuna levantara sobre la torre más soberbia de

la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

—¡Bendecido el nombre del Señor! ¡Acatados sean sus designios!—murmura jubilosamente el joven príncipe.

La bella testa varonil se alza triunfal.

Los grandes ojos rasgados, donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primaveral, de la ciudad dormida a la sombra de sus mil torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche de frescura. Se la siente gotear, filtrarse palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra, como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores asaetan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los kioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordan sobre el Dauro sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángeles del Silencio descienden por gráciles escalas de plata, con el

índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las túnicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos y las manchas tenebrosas de los bosques abruptos. Y más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la Montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta, aparece la patriarcal figura de Alí-ben-Jusuf-el-Galid.

Su luenga barba blanquea flutuante a lo largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

—¡Alabado sea Allah, clemente y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, ¡oh, Abderramán, hijo de reyes, descendiente del Profeta, todos los bienes que prodigó a manos llenas sobre tu estirpe!—murmuró despacioso, inclinándose en una profunda reverencia, hasta sentir la frialdad del pavimento bajo la palma de sus manos.

El joven se abalanza a su encuentro, no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia, como si la llegada imprevista, casi providencial, del sabio Hafiz pudiera aportar a su espíritu atri-

bulado la palabra milagrosa que serena los mares y hace que se detengan, jadeantes los flancos y sudorosas las crines, los negros corceles de la tempestad.

—Ve, Alí, lo que arrojan estos cálculos. Descifra los inmutables designios de las estrellas—la voz se rompe de emoción, y ante los ojos febriles y profundos del anciano, las manos trémulas desenrollan torpemente las largas tiras de piel de rinoceronte, cubiertas de fórmulas astrolábicas.

Alí-ben-Jusuf las examina atentamente, una por una, escudriñando el signo más fútil.

El silencio es tan profundo, que se oye el latir violento y presuroso del corazón, y hasta el jadedear del aliento entre los finos labios mordidos de impaciencia.

—Príncipe—interrumpe el anciano—los sellos se han roto, y el libro de la Verdad, el libro escrito con caracteres de fuego, va a abrir sus páginas ante tus ojos mortales. ¿Podrán tus pupilas leer sin deslumbrarse? ¿Estarán suficientemente puros tus oídos para escuchar el eco de la palabra divina?

—Jamás dejé de cumplir los preceptos koránicos. Tú sabes que mis ojos sólo se abrieron para la adoración de Allah y que mis oídos sólo oyen las máximas y las alabanzas del Altísimo.

El índice de Alí-ben-Jusuf señala, uno por uno, los signos cúficos escritos sobre la piel encerada.

—Este cometa cuyo caudal de luz se extingue entre la polvareda de plata de los astros, presagia el fin del Islam en estas fértiles tierras que nuestros mayores fecundaron con sangre y abonaron con sus propios huesos. Esta estrella luciente, de

una pureza de luz única, que fulgura como un diamante, entre la constelación del León y de las Virgenes, predice un hombre puro: un corazón de león en cuerpo de virgen.

El sólo puede detener la ruina de nuestra ley.

Sus labios puros sabrán decir la palabra salvadora y su brazo de león será capaz de esgrimir victoriosamente la corva cimitarra del Profeta.

Los arcángeles del Señor nos abandonan horrorizados de tantas iniquidades.

Hemos confiado a los ineptos los bienes que el Señor encomendó a nuestro cuidado. Los ambiciosos son como el mar, que con todo viento se alborota.

Nuestros brazos se han cansado de acuchillar a nuestros propios hermanos, y ya no pueden resistir el golpe de nuestros enemigos. Córdoba, Sevilla y Murcia han caído en poder de los cristianos.

Nuestras taifas vagan desordenadamente por el Norte de El-Mogreb. Todo parece presagiar un próximo desastre. De Arabia y de Persia, hombres pálidos por el terror, llegan presurosos a reclamar el auxilio de nuestros brazos. Las armas cristianas se aprestan a conquistar nuestros dominios. Sus galeras llenan el mar, y son tan innumerables, que los mástiles proyectan en las olas las mismas sombras que los espesos bosques sobre su tierra de brumas. La polvareda que levantan sus patrullas nubla el sol y ensombrece los caminos, de naranjos y tamarindos, que conducen a Damasco, y las espadas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hicieron relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La

cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos, y acaso dentro de poco abrirá también sus brazos sobre los santos minaretes de la Kaaba, como los ha abierto ya en la gran Aljama de Córdoba.

Abul-Beca, el gran poeta de Ronda, lo ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhama hizo suspender de los alicatados de su cámara, recordándole el dolor y la vergüenza del Islam:

Ahora nuestras mezquitas trocáronse en iglesias: sólo brillan en ellas la cruz y las campanas, y nuestros alimbábares, aunque de duro leño, lloran nuestras desdichas y se anegan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre todas las rivalidades, que congregue en torno de su estandarte todas las banderas, que ordene nuestras almofallas y las conduzca a la victoria. Tú eres joven y fuerte. Tú puedes ser el elegido del Señor. Descendiente del Profeta, tu sangre es más pura que la de los kalifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi fidelidad te ha criado en las prácticas de las más santas máximas del Korán:

«Aléjate del ignorante y teme su contacto.» Un derviche sale por sí mismo de las olas. Un sabio saca también a los demás.

Te aislé de todo; y para estar más cerca de Dios me encerré contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpujarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba, que fundó la magnanimidad del kalifa Alhakemben-Abderramán, y que tus padres custodiaron con el mismo fervor

que se guardan en Meca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas lunas de estudios voraces, la fui volcando como el ánfora de un río caudaloso en el mar ávido y profundo de tu espíritu. Un tenaz presentimiento me advertía que vigilase en ti al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tú sólo puedes ser el elegido, por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Isfahani pareció sentir tu valor, cuando escribía:

«La luna del Islam tendrá un eclipse; los pastores, atemorizados, abandonarán el rebaño, y los lobos caerán sobre él en furiosas manadas. Pero de tierras de Occidente vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegiaz y, para mayor gloria del Altísimo, ahuyentará a los lobos y pondrá a buen recaudo el rebaño.

Tú puedes ser el cachorro de los viejos leones que cantó el poeta de *El Aganir*. Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Puedes detener un carro de combate sólo con afianzarlo por el rayo de una rueda. Eres capaz de desjarretar un toro y vencer a los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hice tu carne dura como el granito de nuestros montes, y tu alma blanda como la arcilla de los alfareros de Fajalauza, que deja impresa la menor huella. Tu inteligencia no tiene más límites que Dios.

Has buceado en el mar de lo infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la música

ca de los astros y lees en ellos como un quiromante egipcio en las rayas de las manos.

Has sido conducido a la cima de un monte para oír la palabra que no se olvida nunca y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios en los jardines ricamente regados por límpidas corrientes de agua perfumada. Llevarás brazalete de oro y de perlas, y el forro de tus vestidos será del brocado más rico. Las falanges angélicas se abrirán para que pases. Los más gloriosos caudillos arrojarán a tus pies sus cimitarras, y los profetas te sentarán entre ellos, en sus mismos tronos de pedrería, fulgentes como relámpagos, como incendios de iris. ¡Tú puedes ser, oh, Abderramán, el glorioso restaurador de la Ley!

El acento del anciano tiene una solemnidad profética, y sus palabras, armoniosas y graves, van cayendo en el silencio sonoro como un desgranar de sartas de perlas sobre un joyero de cristal de roca.

—¡Oh, Alí! ¡Si no te engañases! ¡Si fuera esa la predicción de los astros!—exclama el joven príncipe, dejándose arrastrar como en un torbellino por el orgullo de su destino soberbio.

—¡Oh, Abderramán; ten fe! Cierra los ojos hasta que los párpados te pesen como de plomo, y lántate violentamente al abismo que el Destino abre ante tus plantas. Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no vió mortal ninguno.

Si dudas, se apagará la lámpara que el Cielo puso en tus manos; la lámpara maravillosa que te hará ver todos los tesoros del mundo, aun aquellos que yacen sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atraviesas un puente frágil entre dos precipicios. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y a la menor flaqueza tuya las copas se desbordarán. Sé fuerte y confía ciegamente en Dios.

Cuando la Providencia te pone en las manos la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren a hacerte feliz. Tus mismos enemigos te ayudarán. En cambio, si la desgracia te persigue nada podrá librarte de ella. No está seguro el infeliz aunque se encarama a los nidos de las águilas, ni evitará las saetas del Hado aunque se suba a las estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten confianza en tu estrella. No palidezcas jamás ante los demonios que te asalten para hacer vacilar tu fe. Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de diamantes y desbaratar las legiones de *Eblis* con sus espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y tú les golpearás en la nuca hasta que te dejen franco el paso.

—¡Oh, si todo se redujese a aplastar de un maza al gigante más terrible, custodio de los tesoros del Destino; a derribar de una lanzada al dragón más violento!.. Mi estirpe brillaría más fúlgida que el Sol en el zénit. Mi mano sabría sostener el estandarte verde del Profeta, como lo sostuvieron mis antepasados los califas de Oriente y los emires de España. Y de nuevo el tropel victorioso y veloz de nuestros corceles aventaría el polvo de las estepas castellananas. Y los muros de Córdoba, de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia, se verían coronados por los turbantes del Heguiaz, y

nuestros gritos de guerra aullarían como lobos hambrientos en las gargantas de las guájaras y desfiladeros, camino de Afranc.

Y en el frenesí de la exaltación, sus ojos arden, su faz se transfigura, como si pasase entre el polvo y el Sol y los relámpagos de las armas, un glorioso desfile de banderas triunfantes; y el cuerpo ágil y esbelto se esculpe con relieve heroico bajo la plata de la Luna.

Sólo le falta la espada de fuego para semejar así, con toda la impetuosa belleza de la juventud y de la fuerza y entre el flotante desorden de las vestiduras blancas, el Arcángel exterminador y violento que en el combate de Bedre luchó al lado de Mahoma, y en los tiempos patriarcales alimentaba la cólera de los Profetas centenarios.

—Príncipe, tú puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Jamás tu boca se ha de profanar para que sea digna de la verdad y el aliento divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sueños! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre a la serpiente y a la mujer que intenten detenerlo en su camino! La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exhaustos de sangre heroica. Si vas a la Meca en peregrinación, más que a la aridez del desierto y a las zarpas de las fieras y a la mortal embriaguez del Sol, debes temer al encanto verde y venenoso de los oasis flo-

ridos que fingen los demonios para la perdición de los buenos creyentes. Quien se duerme al arrullo de sus aguas, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de Kaaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo a la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los réprobos y el castañetear de dientes de los condenados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de león en pecho de virgen.

Estremece el silencio un repentino florecer de rosales de cristal.

El cielo se dilata, hasta hacerse cóncavo como una copa, para recoger en sus paredes hasta la última vibración musical. Y una voz femenil, desmayada de ardor, canta a lo lejos, acompañada de la guzla, tras los ajimeces calados del mirador de Lindaraxa, una canción de amor, donde todos los leones del Deseo abren sus rojas fauces, ávidos de sangre tibia y de carnes virginales.

Sobre el jardín la Noche es una
fragante y tibia invitación.

¡Ven a soñar! Plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.

La brisa, es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual.

El surtidor, desgrana al viento
sus frescas sartas de cristal.

Amor, reclina con pereza
entre mis senos tu cabeza.

Tiembla el luar sobre tu tez.

Y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

II

Vistasas cuadrillas de esclavas, ataviadas con las más ricas telas de Oriente, envueltas en gasas flotantes tan sutiles como el aire, invaden con la alegría de su juventud y de su belleza, la calada galería del patio de los leones. Entre risas y cantares desfilan todas bajo el airoso arco de la Sala de las dos Hermanas, conduciendo en artísticas canastillas de mimbre las flores más frescas de los jardines del Alcázar y los más sabrosos frutos de los huertos de la vega.

Sobre repujados azafates de plata, el iris de los velos trasparece a la luz, y las joyas más fúlgidas reñampaguean como un tesoro astral entre la púrpura y la seda turquí de los cincelados cotrecillos persas.

Todas atienden por los más bellos nombres: Noemia, Rahdiá, Sobeida, Bohia, Kethira, Saida, Zahra, Maliha; nombres que expresan en su poética dulzura todo cuanto de gracioso, apacible, risueño, claro, fecundo, florido y feliz existe sobre la Tierra.

En los cabellos oleosos tintinean zéquies; en los tobillos y en los brazos desnudos, fulguran las ajorcas y brazaletes, y en torno de los cuellos gráciles centellean los collares. Y una música de oro acompaña el ritmo de sus pasos sobre el sonoro pavimento de mármol de Macael. A un lado

de la estancia se oculta, bajo un soberbio pabellón de damasco carmesí recamado de perlas y protegido por los blancos pliegues de un suntuoso tapiz de Siria, el estrecho arco del pequeño Alhamie, destinado al reposo de la bella favorita del emir.

En los ángulos de la sala se destacan otros cuatros arcos que, en unión de veinticuatro columnas esbeltas y gráciles como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fúlgidas estrellas de colores, y rodeada de diez y seis ajimeces.

Por las tenues celosías esmaltadas, el incendio solar se filtra en temblorosas ráfagas de luz, dando a la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes que fingen olas irisadas de un lago de encanto, nubes de encajes e isias transparentes de ágata y madreperlas. Y las frágiles siluetas de las esclavas tejen entre ellas, en un fluctuar alado de gasas y de tules, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con cintas y hojarascas, campean esculpidas las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos sujetan heráldicas bocas de dragones. En la banda resplandece la empresa de los nazaritas, escrita en letras de oro: *Allah galib illa lah*. (Sólo Dios es vencedor).

Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al gran Emir, repitiendo versículos de las suras koránicas e inspiradas estrofas de los más célebres poetas. Una

inscripción dice: «Alabado sea el Sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala, Mohamed-ben-Jusuf-ben-Nazar-el-Ansan. Ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos.»

En otra refulgen estas sagradas máximas koránicas: «Todo lo que hay en la Tierra pasará. Sólo la casa de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. Ambos están ornados de bosques. Y ambos tienen dos fuentes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. Y allí habrá vírgenes de modesta mirada, semejantes al jacinto y al coral, que no fueron tocadas nunca de genios ni de hombres. Descansarán reclinados en alcatifas, cuyos forros serán del brocado más rico... ¡Bendito sea el nombre del Señor lleno de majestad y de generosidad!»

En algunas se entrelazan estrofas galantes los genios más preclaros, como esta de Abdala-ben-Xamri, a propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II:

Más al collar avalora
y a sus preciosos jacintos,
la que en esplendor excede
al Sol y a la Luna unidos.

Siempre la mano de Dios
ostenta raros prodigios,

pero como éste, ninguno
humanos ojos han visto.

¡Oh, perla por Dios formada!
Ante tus puros hechizos,
juntos el Mar y la Tierra
ceden perlas y jacintos.

El diamantino desgranar de los surtidores sobre las anchas tazas de jaspe, el sordo y lejano abejar de las brisas entre los arrayanes del patio y el transparente rocío de esencias que desciende goteando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de fabulosa concha de nácar. Con sobrado motivo, el genio de Azhuna llamaba a esta mansión de portentos el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas desfilan risueñas y ágiles, cargadas de ricos dones, y la luz centellea y borda arabescos policromos en los cabellos, en las túnicas y en las joyas como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpura y de oros.

Y allá, en el fondo del arco de la izquierda, se ve, sobrenadando en un difuso crepúsculo de esmeraldas, abierto sobre la fragante primavera de los jardines perennes, y sostenido por sus mármóleos y esbeltos ajimeces, el mirador de Lindaraxa, éxtasis del alma y embriaguez perpetua de los sentidos.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos ensueños del Amor y de la Guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas refulgen caprichosas

inscripciones alabando la belleza de esta estancia.

En una, se le llama «Fuente clara», en otra, «Mar ondulante». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un transparente lago de zafiros, o las olas verdes y cristalinas de un mar sereno donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majestuoso entre otros dos más sencillos abiertos a sus costados, fulgura el azul luminoso del cielo matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente a este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí, bordado de oro y perlas, donde, reclinada perezosamente sobre blancos cojines, reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente Muhamed II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Virgenes nubias pulsán arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.

Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca.

Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela, cantan con extenuante dulzura las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba en la corte de los últimos Omeyas, improvisara ante el manojo de frescas rosas que en límpi-

do vaso de cristal, purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Bagdad:

La rosa ocupa su trono,
púes su imperio nunca acaba...
Todas las flores son tropas
y la rosa es la sultana.

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestas desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño los óleos fragantes que ungrán sus cabellos, y las fastuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se ha de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente a tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respirase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nidos de torcaces impacientes; los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos, como noches tenebrosas relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos

y ondulantes, el negror agorero que azulea en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del Desierto.

En torno de su frente se desangra una diadema de rubies, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de pedrería.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando trasparecer a veces la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los braraletes que ciñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tintineante música de oro.

El calor empieza a ser sofocante. Ascende de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente tostados por el sol.

A lo lejos, trasponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada, como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlatas y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafles. Son los jinetes de la guardia real, que suben a la Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean en el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de las cipreses.

De súbito, Leila Hassana entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo acariciante y soñolienta en torno de cuanto le rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre trípodes de bronce, en los ángulos de la estancia.

—¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¡Que traigan pastillas de ámbar y de áloe, de sándalo y de benjuí, para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce, que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran a cumplimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de madera aromáticas, con mosaicos de marfil, las más ricas esencias de Oriente, y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada como esos ligeros vapores que a los primeros rayos del Sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve lentamente, en un flotante sortilegio de bruma, la luminosa paz del aposento.

Y a través del humo, las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta, en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por las músicas y los cánticos, y aspirando por todos los poros de

su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpientes de humo se escapan, persiguiéndose y enroscándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebeteros.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla a sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal:

—¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos; y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cantos de las esclavas, logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh, sultana! Y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulipanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgias. ¿Quieres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al kalifa Hairum-el Rasxid, en sus pensiles de Bagdad? Habla, y la dulzura de nuestras voces acordes a los sonos de los instrumentos más armoniosos, te irá relatando, uno por uno, todos los fabulosos cuentos que libran la vida de Scherezada...

—¡Oh, Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aún me enajena!— murmura Leila Hassana, dejando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las tembladoras notas de una gaita muzárabe.

Las esclavas enmudecen y, agrupadas a su alre-

dedor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

—Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhamie y empezaron a dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho, a buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma, poseída aún por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque, para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas el encanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro y sus muros rutilantes de espumas multicolores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes, iluminaban estas fantásticas visiones con fugitivos relámpagos de púrpura.

Una aurora más bella, más amplia y más rutilante, parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de la cornisa, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa pudieran disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí como de costumbre a la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al Oriente, y aunque mis labios dejaban

escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando con los últimos jirones de las neblinas matinales, entre la Tierra y el Cielo.

Después, me dirigí a este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares, ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño. Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de damasco, bajo pabellones de púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina a su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los ríos sagrados de la India, que flotan abiertas a la Luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en un mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhausto mi cuerpo en una muerte de suaves languideces. Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda, a lo largo de florestas encantadas sobre ciudades fabulosas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas, con sus ojos de esmeraldas, se asomaban al azul del cielo para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre un áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapa-

do de un arpa celestial, pasó zumbando en el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestra frente presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapaban hacia un rayo de luna; y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escuchada jamás por oídos mortales. A sus compases, se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen armoniosamente todas las maravillas del mundo.

La música se extinguía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas, al deshojar los huertos del Otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljófares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro, las hojas esmeraldas y los frutos de rubíes, de jacintos, de amatistas y de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata, de topacios y de ámbar, los surtidores de perlas y las corrientes de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las bri-